

Variaciones poéticas sobre un emblema en *La Bandera de Chile* de Elvira Hernández

Catherine Pergoux-Baeza
Université d'Angers

En 1981, Elvira Hernández escribió *La Bandera de Chile*¹, un largo poema compuesto de 26 páginas, publicado solamente diez años más tarde en Argentina. Federico Schopf, en su prólogo de 1991, lo presenta de la siguiente manera :

«*La Bandera de Chile* comenzó a circular restringidamente hacia 1987, en edición mimeografiada, por algunos de los canales - canales frecuentemente incomunicados - que la literatura de la resistencia había logrado construir en un espacio cultural reducido a fragmentos por la larga dictadura militar, no tanto como consecuencia de un inexistente programa cultural del régimen, como por efectos del terror generalizado y la desinformación que había impuesto el ejercicio impune del poder».²

Nacido en un contexto de represión y de censura, *La Bandera de Chile* no sólo es un poemario que simboliza la lucha clandestina de los escritores durante la dictadura, sino que llega a representar la poesía femenina chilena actual, en cuanto discurso lírico que entra en ruptura con el modelo tradicional de la misma. En efecto, Elvira Hernández modifica la imagen codificada del discurso femenino centrado en la expresión de la «interioridad» para dedicarse abiertamente a un tema «público», que se opone pues claramente al universo privado, intimista, considerado tradicionalmente como modelo reservado a dicha escritura. Por otra parte, evoca el símbolo más potente de la Patria y de las conquistas militares focalizándolo desde el margen y la clandestinidad, a través de su mirada de mujer que propone una visión desviadora del emblema.

Elvira Hernández introduce entonces una serie de variaciones sobre el símbolo de la bandera nacional a quien le da la palabra, fuera de los discursos patrióticos estereotipados y engañosos. El poemario se abre pues con la evocación del silencio que rodea este emblema :

*Nadie ha dicho una palabra sobre la Bandera de Chile
en el porte en la tela
en todo su desierto cuadrilongo*

no la han nombrado
la Bandera de Chile
ausente

*La Bandera de Chile no dice nada sobre sí misma
se lee en su espejo de bolsillo redondo
espejea retardada en el tiempo como un eco
hay muchos vidrios rotos
trizados como las líneas de una mano abierta
se lee
en busca de piedras para sus ganas
(La Bandera de Chile, p. 9)*

La poeta quiere rendir un homenaje a la bandera chilena, que siempre ha sido utilizada para diferentes fines, pero de la cual nunca se ha hablado (*no la han nombrado*). Le dedica pues este poema, pero rechaza la habitual evocación externa y oficial y prefiere presentarla como un ser vivo que va a personificar a lo largo del poemario. Es de notar también que Elvira Hernández otorga una gran importancia a la composición de sus obras que, dentro de la tradición antipoética de Nicanor Parra, considera como objetos visuales. En este último ejemplo, podemos observar que el dibujo tipográfico del poema recuerda la figura de una silueta humana estilizada, vista de frente, cuya cabeza correspondería a los seis primeros versos y cuyo cuerpo estaría constituido de los versos siguientes. El pie de esta figura estaría representado entonces por el último verso *en busca de piedras para sus ganas*, que remite a un elemento terrestre que la bandera acaso quiera alcanzar para estabilizarse, en vez de seguir expuesta a cualquier tipo de recuperación ideológica. También puede tratarse de una alusión al gesto de los manifestantes que tiran piedras para protestar, de manera que la bandera se transforma en símbolo de la lucha popular y se opone a la tradicional imagen oficial. Estas piedras hacen eco además a los «vidrios rotos» evocados antes.

Es de notar la personificación de la bandera en mujer, como lo indica el verso *se lee en su espejo de bolsillo redondo*, que remite a una costumbre evidentemente femenina. Sin embargo, la bandera no se mira en el espejo, sino que *se lee*, como se puede leer en las líneas de las manos para conocer el porvenir. Pasado, presente y futuro se mezclan así en el símbolo de la bandera que refleja la imagen de los hechos pasados (*espejea retardada en el tiempo como un eco*) y remite a la actualidad, evocada aquí a través de los *vidrios rotos*, metáfora de la crisis vivida por el país sometido a la dictadura militar. El término *trizado*, asociado a las líneas de las manos, puede ilustrar la ruptura del futuro de la bandera, que a su

El silencio que rodea la bandera, evocado al principio, aparece cada vez más como una censura, tema con el cual Elvira Hernández concluye su texto, al revelar esta potente imagen :

(*Idem*, p. 33)

La Bandera de Chile declara dos puntos
su silencio
(Idem, p. 34)

Sin embargo, antes de concluir con esta constatación dramática, que nos devuelve al punto de partida, Elvira Hernández cuenta la historia de la bandera como si expusiera el itinerario de su vida a partir de la alusión a diferentes recuerdos y a algunos acontecimientos presentes, que hace alternar, para evidenciar mejor los cambios sucesivos experimentados por el emblema. Cada fragmento de *La Bandera de Chile* corresponde entonces a la evocación de un aspecto específico de este símbolo cuyos mecanismos ocultos revela la poeta, a través de un discurso a veces

codificado, que le permite comentar de manera alusiva la otra cara de la bandera, la que nunca ha sido revelada y que corresponde al envés del decorado oficial.

La bandera nacional aparece como un símbolo manipulado por el poder dominante y la alusión a la dictadura militar está presente en la mayoría de los fragmentos que constituyen este gran poema, desarrollada bajo diversas formas, todas inspiradas del uso muy discutible de este emblema por el poder militar. Tenemos un ejemplo con el fragmento siguiente :

*Levanta una cortina de humo la Bandera de Chile
asfixia y da aire a más no poder
es increíble la bandera
no verá nunca el subsuelo encendido de sus campos
santos
los tesoros perdidos en los recodos del aire
los entierros marinos que son joya
veremos la cordillera maravillosa sumiéndose en la
penumbra
ficticia ríe
la Bandera de Chile
(Idem, p. 13)*

En este poema, Elvira Hernández juega con expresiones y términos de doble sentido para introducir un doble discurso que aparece detrás del sentido primero aparente y que lo contradice irónicamente. Así, la alusión inicial a las *cortinas de humo* detrás de las cuales desaparece la bandera, anuncia la idea desarrollada después de las mistificaciones y de las manipulaciones de las cuales la bandera ya no es objeto, sino responsable. Además, la ambigüedad de este emblema se ve confirmada por el verso siguiente que yuxtapone los elementos contradictorios *asfixia y da aire a más no poder*, al mostrar que la bandera puede ser a la vez símbolo de libertad o de opresión. Se convierte entonces en una persona *increíble*, que sorprende por sus cambios bruscos y por sus virajes, en especial políticos.

La poeta explota también la simbología de los colores de la bandera nacional, para invertir el discurso que se le suele asociar. En efecto, todos los chilenos han aprendido que el azul de su bandera simboliza el cielo o el océano, mientras que el blanco representa la nieve que cubre la cordillera, y que el rojo es el color a la vez del *copihue*, la flor nacional chilena y de la sangre araucana. Esta interpretación tradicional del símbolo de la bandera le sirve de

base a la poeta para transformarla y hacer emerger un discurso denunciador y subversivo, bajo alusiones irónicas. Así es como evoca el acercamiento progresivo entre esta bandera y los símbolos de destrucción y de muerte que inspira. Podemos notar que el tema de la vista es esencial, en la medida en que se trata aquí de la visión y de la percepción de estos símbolos y de las imágenes que representan. Observamos así la oposición entre *no verá* (la bandera) y *veremos*, que expresa la distancia cada vez más grande entre apariencias y realidad, que la bandera contribuye a amplificar cegando al pueblo con sus símbolos. Los *tesoros* y las *joyas* evocados no hacen más que revelar la muerte y la destrucción, sugeridas por los términos *campos santos*, *entierros* y *penumbra*. El color rojo del copihue se convierte entonces en *subsuelo encendido*, acaso teñido con sangre, el azul del cielo o del océano y el blanco de la cordillera están empañados y se quedan en la *penumbra*. Por fin, la risa irónica de la bandera chilena recuerda la risa satánica, como si el demonio se hubiera apoderado del símbolo nacional para pervertirlo y transformarlo en emblema del mal. El término *ficticia* parece remitir a la idea de una bandera impostora que le ha quitado su lugar a la bandera legítima. La alusión al régimen militar es bastante evidente...

Elvira Hernández se dedica a mostrar el reverso de la medalla, o mejor dicho, de la bandera, invirtiendo los mecanismos de la retórica oficial. Expone entonces una perspectiva que va en contra de los estereotipos, y revela un discurso extraño y novador, que transforma de manera decisiva el contenido del símbolo asociado a la bandera, obligándonos a abrir los ojos sobre una realidad que nadie muestra, y de la cual nadie se atreve a hablar.

La imagen y el discurso están ligados estrechamente en el emblema de la bandera, que muestra tanto como dice, ya que representa una nación al mismo tiempo que revela por su presencia las intenciones de los que la enarbolan. Es verdad que la historia reciente de Chile ha reforzado especialmente el alcance simbólico de este emblema. En efecto, poco después del golpe de estado, algunos chilenos colocaron una bandera en la ventana de su casa, para indicar su apoyo a los putshistas, mientras que otros renunciaron a esta costumbre, en especial durante la fiesta nacional del 18 de septiembre, para demostrar su desacuerdo con el régimen militar. Eso explica que Elvira Hernández haya querido subrayar la ambigüedad de esta bandera, convertida según las circunstancias en símbolo o en tabú. Así es como presenta tres poemas que cabe analizar en conjunto :

Come moscas cuando tiene hambre la Bandera de Chile

en boca cerrada no entran balas

se calla

allá arriba en su mástil

(*Idem*, p. 14)

Luego sigue este poema compuesto de este único verso :

La Bandera de Chile es exhibicionista por naturaleza

(*Idem*, p. 15)

al cual sucede el poema siguiente, en forma de caligrama (que imita la ondulación de la bandera) :

A la Bandera de Chile la mandan a la punta de su mástil

y por eso ondea y mueve su tela

y por eso se la respeta

(*Idem*, p. 16)

La importancia dada a la composición tipográfica reúne estos tres poemas que evocan bajo una forma lúdica el peso mediático de la bandera nacional, cuya imagen es respetada, lo que no significa que sea respetable. En el primer fragmento, la desviación de la expresión popular *en boca cerrada no entran moscas* parece directamente dictada por el contexto socio-político, al asociar a la idea de silencio evocada por la expresión misma, la noción de miedo debido a la violencia represiva. Mientras que la moraleja del proverbio original es quedarse callado en vez de decir tonterías, el proverbio transformado aconseja el silencio para evitar graves problemas. El silencio se vuelve entonces sinónimo de autocensura necesaria para continuar en vida. Pero la sumisión de la bandera es también una confesión de colaboración con el régimen dictatorial, para el cual se exhibe. Elvira Hernández muestra de esta manera que el abuso de poder se apoya en un uso abusivo de los símbolos como la bandera, considerada entonces no como un elemento en torno al cual se reúne una comunidad de individuos, sino como un medio para someter una parte de esta colectividad a la autoridad vigente. La poeta presenta así la bandera como una víctima como otras, sometida al poder totalitario (evocado por *la mandan*), y condenada al silencio, mientras que antes simbolizaba la libertad.

La bandera se convierte finalmente en un símbolo de la división de la sociedad, que Elvira Hernández resume con este poema :

*La Bandera de Chile es reversible para
unos de aquí para allá
sotros e dälla pacá*

*La Bandera de Chile
la división perfecta*

(*Idem*, p. 19)

Así pone de manifiesto los cambios sucesivos que afectan a la bandera, cuyo símbolo va transformándose según las épocas y las personas que lo utilizan, hasta que se vuelve reversible; esta metáfora de la inversión sugiere la idea de cierto oportunismo al mismo tiempo que pone de realce unas lecturas diferentes e invertidas de este símbolo, que la poeta ilustra mediante un juego sobre las palabras, obtenido también por inversión. En efecto, el tercer verso aparentemente incomprensible, corresponde en realidad a la expresión *otros de allá para acá*, escrita en parte al revés, y cuyo sentido remite a lo contrario de la expresión anterior *unos de aquí para allá*.

La bandera es pues objeto de un enfrentamiento ideológico que opone dos partes adversas que ven en este emblema símbolos invertidos. A medida que vamos progresando en el poema, nos damos cuenta de que Elvira Hernández elige el campo de los oponentes al régimen dictatorial y que intenta hacer emerger un discurso subversivo sobre la bandera, que pueda desestabilizar el monopolio agobiante de la información acumulado por el poder militar. De cada uno de sus poemas se desprende entonces una opinión discordante, que nos incita a leer al revés o entre líneas el mensaje transmitido por este emblema convertido en símbolo de autoritarismo, pero que refleja también la historia vivida por la nación. La bandera constituye así el lugar desde el cual la poeta elige enunciar un contra poder: se apodera pues del símbolo del poder dominante para transformarlo y dar una visión marginal y desviadora que haga aparecer la cara oculta. De ahí el aspecto ambiguo de la bandera, a la vez reconocida y rechazada, mostrada (exhibida) y olvidada (silenciada), que ilustra en realidad las pasiones contrarias que provoca, en una sociedad desgarrada por los acontecimientos políticos. La descripción de la situación de la bandera aparece entonces como una *mise en abyme* del estado de la sociedad chilena actual, cuyos aspectos están evocados mediante alusiones que el lector tiene que descifrar.

En varias ocasiones, la poeta se propone revelar a través de la bandera la realidad dramática que se esconde detrás de los

discursos tranquilizadores del poder. Yuxtapone a la imagen oficial de la bandera travestida, la de un emblema que refleja el estado de profunda miseria y de descomposición en el cual se encuentra la sociedad chilena, como lo evoca el fragmento siguiente :

*En metros cuadrados se mide la Bandera de Chile
su olor en respingos de nariz
en ojos que no ven sus aristas de luz y sombra
en paciencia sus diarreas
las construcciones de desnutrida confianza*

*La Bandera de Chile está tendida entre 2 edificios
se infla su tela como una barriga ulcerada -cae como
teta vieja-
como una carpa de circo
con las piernas al aire tiene una rajita al medio
una chuchita para el aire
un hoyito para las cenizas del General O'Higgins
un ojo para la Avenida General Bulnes*

*La Bandera de Chile está a un costado
olvidada*
(Idem, p. 18)

El primer grupo de versos revela la alusión sorprendente a una bandera en estado de putrefacción, símbolo de la miseria que gangrena al país y que las autoridades fingen no ver. La referencia a sus *aristas de luz y sombra* evoca precisamente la ambigüedad de este emblema, cuya cara oscura la poeta decide presentar. Así transforma, en el último verso, la expresión *nutrida desconfianza* en su inverso *las construcciones de desnutrida confianza*, denunciando de esta manera con ironía las condiciones de vida desastrosas de los habitantes de las poblaciones.

El segundo grupo de versos, separado del primero por un espacio en blanco, orienta la reflexión de la poeta sobre otro aspecto de la miseria social, que evoca valiéndose de la imagen femenina del emblema. La comparación de la bandera con un cuerpo de mujer da lugar entonces a una serie de descripciones que le permiten a Elvira Hernández poner de manifiesto el problema de la prostitución, y en general de la violencia sexual infligida a las mujeres. Las comparaciones *como una barriga ulcerada y cae como una tetá vieja* remiten a la decadencia corporal de la mujer-bandera asimilada a un objeto utilizado y exhibido. Además, la alusión a la *carpa de circo* refuerza sin duda la impresión de pobreza que se destaca de esta descripción, porque una multitud de

circos populares se instala alrededor de Santiago con motivo de la celebración de la fiesta nacional, mientras que muchas banderas son exhibidas en toda la ciudad.

La poeta acentúa más todavía el carácter obsceno de esta comparación cuando emplea los dos términos *rajita* y *chuchita*, sacados del registro vulgar del lenguaje coloquial, para evocar el sexo femenino. La imagen de la bandera agujereada, tendida entre dos edificios, simboliza entonces la situación trágica de la mujer ultrajada, al mismo tiempo que sugiere la violación de la Patria, víctima de la dictadura. El papel oficial y solemne de la bandera está invertido y aniquilado totalmente por la poeta, que adopta después un tono muy irreverente para evocar dos famosos generales chilenos que dieron su nombre a dos grandes avenidas de la capital, en las cuales se suele colocar inmensas banderas para celebrar la fiesta nacional. Es también en el cruce de la avenida O'Higgins con la avenida Bulnes donde se encuentra el monumento edificado bajo las órdenes del General Pinochet en honor a los militares, en el cual precisamente están conservadas las cenizas del General O'Higgins.

Elvira Hernández se dedica a desacralizar estos lugares oficiales símbolos del poder dictatorial, al mismo tiempo que revela una realidad oculta cuando alude al aumento de la prostitución, consecuencia directa de la miseria que padece gran parte de la sociedad. Así podemos pensar que la evocación final del *ojo para la Avenida Bulnes* remite a los *ojos que no ven* del principio del poema, mientras que la bandera perforada se convierte en metáfora de la mentira o de las apariencias desgarradas, que deja aparecer por fin una realidad cruel ocultada durante mucho tiempo. La crítica del régimen totalitario se encuentra mezclada entonces con una denuncia de la miseria y en especial de la situación de la mujer, que la personificación de la bandera permite introducir en su discurso. Por fin, la alusión final al olvido, tema obsesivo que invade numerosos poemas de *La Bandera de Chile*, traduce con fuerza la ambigüedad de este símbolo oficial, que esconde tanto como muestra, y margina a todos los desvalidos mientras que exhibe la potencia del régimen dictatorial.

La bandera cobra entonces un valor de anti-símbolo, reflejo de una sociedad en descomposición que se prefiere ocultar u olvidar, pero que la poeta decide revelar mediante su discurso voluntariamente fuera de la norma. Al feminizar la bandera, invierte el modelo patriótico transmitido por el emblema y provoca de esta manera un desfase con los estereotipos que representan el poder militar y masculino. Altera la imagen simbólica de la bandera

trastornando los códigos de diferenciación sexual y construyendo un personaje cuya identidad es movediza y cuya ambigüedad recuerda la figura del travestido. Esta metáfora sexual está asociada además a una denuncia política en contra del régimen militar, pero le permite también a la poeta cuestionar la definición normativa de los códigos hegemónicos. Elvira Hernández revela así en forma simultánea en el poema la opresión política y la opresión sexual.

La poeta elabora entonces una reflexión sobre la legitimidad del poder central, que cuestiona gracias a la personificación de la bandera que se convierte en observadora de la situación. En efecto, pierde su función de modelo absoluto admirado por todos, para transformarse en ojo escrutador :

*La Bandera de Chile con el ojo que tiene
agrandado como estrella
cíclope ateo
de arriba abajo mirando el filo de los cambios
teme le cambien el nombre La Bandera de Chile
(Idem, p. 24)*

La metáfora del ojo le permite a la poeta insistir de nuevo sobre el tema central de la visión, que provoca una oscilación entre apariencia y realidad y que introduce la problemática de la oposición entre verdad y mentira. Además, la metáfora del *cíclope ateo* parece aludir a cierta debilidad de la bandera cuya estrella pierde su función de guía para exponerse ahora, como el cíclope, a la ceguera. El poder y la autoridad representados por la bandera están por desaparecer. El último verso *teme le cambien el nombre La Bandera de Chile* remite en efecto al peligro de pérdida de identidad que corre la bandera, que tiene el papel de espectadora de los cambios sin poder intervenir. De hecho, el último poema concluye sobre el fracaso de la bandera :

izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar
izar arriar

izar arriar
 izar arriar
 izar arriar
 izar arriar
 izar arriar

*en la rutina la Bandera de Chile pierde su corazón
 y se rinde*

(*Idem*, p. 32)

Este fragmento de *La Bandera de Chile* fue uno de los más difundidos en las antologías de poesía chilena actual, sin duda a causa de la originalidad de la estructura y del mensaje que transmite. El espacio en blanco creado entre las dos columnas de palabras contribuye en efecto a sugerir el vacío que invade el corazón del emblema, cuyo contenido simbólico se ahonda hasta desaparecer. La evocación de la rutina a la cual se somete la bandera remite entonces a lo absurdo de dicha ceremonia ya que la autoridad que representa es ilegítima. Pues el emblema pierde su corazón en esta última batalla y prefiere el silencio a los discursos engañosos.

La Bandera de Chile es una obra en la cual la bandera sirve de pretexto y de soporte a la observación crítica de la sociedad por la poeta, que nos entrega su visión amarga y lúcida del mundo que la rodea, visión moderada y matizada sin embargo por las alusiones irónicas que alivian un poco el tono grave del poemario. Pero no se trata solamente de una denuncia política, sino de una reflexión más amplia sobre las estructuras de poder y sus relaciones con las esferas marginales, dentro de las cuales se sitúa la poeta, ya que fue víctima de la represión ejercida por este régimen autoritario. Así es como desde la periferia y la clandestinidad rechaza uno de los principales símbolos de poder y como intenta hacer emerger un contra poder susceptible de representar a los oprimidos y a los excluidos. Su discurso se inscribe entonces en la perspectiva de crear una «contracultura» tal como la define Pierre Bourdieu, constituida según él por «marginales sociales donde pone lo popular, lo contestatario y lo femenino».³

La escritura de Elvira Hernández no se centra exclusivamente en preocupaciones «femeninas». Sin embargo, podemos notar que la personificación de la bandera en mujer le permite en varias ocasiones invertir el símbolo masculino y varonil contenido en este emblema, para plantear el problema de la disimetría que existe entre los dos sexos, que asocia a la problemática general de la oposición entre norma y margen, entre apariencias y realidad,

entre poder y contra poder. *La Bandera de Chile* aparece entonces como un corto espacio de expresión libre, que permite vencer momentáneamente el silencio y revelar una realidad ocultada bajo capas de discursos de mistificación.

¹ Elvira Hernández, *La Bandera de Chile*, Buenos Aires, Ed. Libros de Tierra Firme, 1991.

² Federico Schopf, prólogo a *La Bandera de Chile*, p. I.

³ Se trata de una cita de Pierre Bourdieu, sacada de su obra *La diferencia*, citada por Marta Traba en su artículo «Hipótesis sobre una escritura diferente», *Fem*, n° 21, México, 1982, p. 12.